

País Vasco: El empecinamiento político

Por José Ignacio RUIZ OLABUENAGA*

Todos son suficientemente fuertes para bloquear el sistema, pero ninguno es lo suficientemente fuerte para desbloquearlo solo.

Hace ya un año que Julio Caro Baroja aplicó...

Hace ya un año que Julio Caro Baroja aplicó al País Vasco el término de "Laberinto", tomándolo de Amado de Miguel, que lo había aplicado a España, retomándolo, a su vez, de la famosa obra de Gerald Brenan, *The Spanish Labyrinth*. Actualmente y ante el cúmulo de dificultades, idas y venidas, pistas y recovecos que se están recorriendo para la formación del Gobierno Vasco tras las elecciones pasadas del mes de noviembre, hay que reconocer que es la imagen que primero le viene a uno a la mente, al intentar interpretar lo que aquí está sucediendo.

Sin embargo, el primer quehacer metodológico de cualquier analista debe sobreponerse a esta primera impresión de confusión y zarabanda, que provoca la situación en el País Vasco. Puede que, en efecto, al final lleguemos a la conclusión de que esta sociedad vasca se encuentra en un auténtico laberinto histórico-social, pero no debe ser la primera imagen de shock la que nos lleve a esta precipitada conclusión.

Basta para ello recapacitar en lo paradójico que resulta comparar la situación de todavía hace un año, en la que "aparentemente" el País Vasco presentaba una imagen monolítica y cuasi-inamovible de hegemonía de un grupo político, y, por consiguiente, de una situación de cuasi "pax augusta", en la que todos los demás grupos políticos no tenían más remedio que moverse al arbitrio de los amos del momento. Más aún, nadie prevía un terremoto político, como el ocurrido en la clase política a partir de las últimas elecciones.

Recurrir a la escisión interna del grupo hegemónico, el PNV, como explicación del torbellino acaecido, es recurrir a una explicación, además

* Sociólogo. Profesor en la Universidad de Deusto (Bilbao).

de insuficiente, desorientadora. Y ello porque hay que empezar reconociendo que no se partía de una situación de equilibrio. La escisión interna del Partido Nacionalista Vasco no ha tenido lugar en el seno de un ámbito político hegemónicamente poseído (aunque tal vez sí administrado) por el Partido Nacionalista Vasco.

La hegemonía administrativa del Partido Nacional Vasco sobre la Comunidad Autónoma de Euskadi, era una hegemonía, en cierto sentido, totalmente artificial. Su mayoría absoluta en el Parlamento Vasco, y de aquí su hegemonía administrativa, se apoyaba en una esperpéntica situación en la que el tercer grupo parlamentario (en número de votos) robaba con su ausencia un número sustancial de parlamentarios, tal que, si estos acudieran representando a su grupo o si, aunque no asistieran, esos escaños fueran "devueltos" y repartidos entre el resto de los partidos, tal hegemonía hubiera desaparecido por completo.

En segundo lugar, hace falta recordar que el Partido Nacionalista Vasco no se ha disuelto políticamente, al estilo de la disolución histórica de la unión española del Centro Comunista Español. La escisión del PNV ha consistido en una "división de la mansión en dos grandes salas de estar", en las que continúan los mismos moradores de antes, sin reducir su número ni su peso social. Reparto ecológico, llamémosle así, en el que ahora se está dando un proceso de trasiego, de una sala a la otra, y de una disputa por conseguir el mayor número de fidelidades de toda una masa de electores, que no queriendo abandonar la mansión nacionalista, dudan sobre qué ala del castillo es la que más responde a sus ilusiones y a sus intereses personales.

Ahora bien, uno de los efectos imprevistos de la escisión nacionalista ha sido precisamente el que la ausencia del grupo extremista de Herri Batasuna sea menos decisiva a la hora de señalar hegemonías inexistentes. La fragmentación de la sociedad vasca ha quedado más de manifiesto y ha acabado por poner de relieve su verdadera naturaleza.

En este contexto las escaramuzas actuales por definir el próximo Gobierno Vasco, no son otra cosa que un intento de volver a asentar, de una vez por todas, el reparto de poder administrativo del Gobierno Vasco sobre sus verdaderas bases sociales.

La enconada disputa que libran entre sí las dos facciones, antes unidas, del Partido Nacionalista Vasco, no es otra cosa que una disputa por una herencia familiar que, se presume, puede ser de nuevo aglomerada bajo un espejismo iluso de que tal hegemonía existe en la sociedad vasca. Las luchas por la herencia familiar son siempre enconadas y acerbadas, pero nunca son laberínticas.

Lo que han contribuido a poner de manifiesto estas diatribas familiares es la *verdadera naturaleza* de la sociedad vasca misma, cuyas características hacen tan difícil la composición de un gobierno, no, insistimos, por su carácter laberíntico, sino por su carácter de encono y diatriba patrimoniales.

Dificultad voluntarística

Una de las notas más singulares, que hacen difícil el *entendimiento de voluntades*, más que el *consenso de estrategias*, es que todos los grupos vascos presumen de que los verdaderos herederos del patrimonio vasco son ellos y su grupo político. Esto da lugar a una casi constante estrategia de preguerra civil entre los propios vascos, tanto entre los nacionalistas frente a los que no se definen como tales, como entre los nacionalistas entre sí. La disputa política no está planteada como una lucha por mayorías, sino como un enfrentamiento por la posesión absoluta.

La segunda característica que se está poniendo cada vez más de manifiesto es la ausencia de programas políticos-sociales y la preeminencia de las declaraciones de fidelidad y de legitimidad, que desembocan en posturas de negociación en las que, rápidamente, se llega a planteamientos en los que destaca alguna "conditio sine qua non", esto es, una situación de maximalismos innegociables.

El problema de las posturas maximalistas consiste en que presentan como dificultad *intelectual* lo que es dificultad *voluntarística*; de ahí que la situación actual vasca aparezca a muchos como laberíntica cuando, en realidad, es de empecinamiento político. Baste considerar, por ejemplo, que se puede llegar a constituir un gobierno no representado por ninguno de los dos grupos políticos mayoritarios (PSOE y PNV). Es una situación en la que todos son suficientemente fuertes como para bloquear el sistema, pero ninguno es lo suficientemente fuerte para desbloquearlo él solo.

Toda salida que se dé a esta situación reclama, a nuestro entender, una de dos soluciones: o se renuncia al maximalismo voluntarista, o se cambia de sistema. Los pactos coyunturales, la repetición de elecciones u otros similares son, y están condenados a serlo, inútiles de antemano, mientras no se solucionen los dos escollos fundamentales contra los que choca todo el planteamiento político actual en el País Vasco.

El primer escollo, se reconozca o no, es el referido a la *indefinición constitucional* en la que se desenvuelve la actual sociedad vasca. El modelo de Estado, tal cual lo necesitan las modernas democracias, se basa en una constitución consensuada y aceptada, cosa que hoy falta en la sociedad vasca. El modelo constitucional no es unánime y la Constitución existente está deslegitimada, no sólo para una pequeña minoría, sino para un importante sector de la población. En estas condiciones, las discusiones de programación, los arreglos de procedimiento, chocan siempre contra una llamada cuestión de "principios" irrenunciables. Conceptos tales como autodeterminación, derechos históricos, unidad de España, solidaridad con los demás pueblos de España, etc., continúan siendo barreras infranqueables al consentimiento político.

En segundo lugar, el País Vasco se enfrenta a una situación de *asimetría política*, debido a la cual, la legitimidad política no se corresponde

con el apoyo demográfico de los votos (como parece debiera corresponder en pura teoría democrática), sino con la pertenencia a determinadas familias de teoría política. De este modo el poder y la influencia políticas no se corresponden con el apoyo de las masas de votantes, sino con los mecanismos de influencia controlados por élites minoritarias de poder, tales como los Mass Media, los estamentos universitarios, financieros y otros... En consecuencia, no es la proporcionalidad popular sino el elitismo social el que preside el reparto de poder político.

Finalmente, si, como parece, quedaran fuera del control administrativo los dos bloques nacionalistas más fuertes, el Partido Nacionalista Vasco y Herri Batasuna, todo parece indicar que la oposición política al *stablishment* autonómico será teñida, más aún de lo que ya lo está, de tintes nacionalistas, esto es, de enfrentamiento a la legitimidad establecida, de exacerbamiento del sentimiento y de las reclamaciones nacionalistas; en una palabra, del maximalismo pro-anticonstitucional actual.

El sistema político actual vasco, en definitiva, nos parece movido y guiado, más por un voluntarismo maximalista que por una racionalidad pragmatizante, en el que la *oposición dialéctica teórica será suplantada*, a corto plazo, *por el enfrentamiento violento de los deseos*. O sea, que el Estado de Derecho estará más cerca de convertirse en un Estado de Hecho. Así de tenebroso.

10 de Febrero de 1987